

PEDRO BUENO Y SU VINCULACIÓN A LAS ACADEMIAS

MIGUEL CLÉMENTSON LOPE

Por estas fechas se está desarrollando en Madrid una importante exposición, que pretende ser antológica sin que realmente llege a serlo –pues se omiten referentes pictóricos fundamentales–, de la obra del pintor Pedro Bueno. La ocasión es propicia para reflexionar, desde este ámbito académico, en torno a una constante fundamental de la vida de este artista, baluarte plástico imprescindible para interpretar la historia de nuestra pintura, destacado autor en relación con el dominio del género del retrato en el siglo XX. El tema monográfico que nos ha parecido conveniente plantear en esta ocasión ha sido, concretamente, la vinculación que este creador ha mantenido con el mundo de las academias a lo largo de su devenir vivencial.

No es propósito de esta ponencia desarrollar un resumen puntual de los hechos más significativos de la biografía artística de Bueno, ni fundamentar un discurso reivindicativo de la trascendencia estética de su obra. Vamos, simplemente, a enumerar y a encuadrar contextualmente una serie de conexiones concretas y reveladoras entre este artista plástico y el mundo de las academias.

Pedro Bueno Villarejo, nacido cordobés en Villa del Río, vino al mundo el 17 de enero de 1910, en el seno de una familia de origen campesino. El ambiente social en aquellas fechas no propiciaba precisamente el caldo de cultivo necesario para que los jóvenes inquietos, como Bueno, pudieran desarrollar el potencial artístico que ya manifestaban desde edades tempranas. La conexión de nuestro pintor con las instituciones especializadas en la enseñanza de las artes se produjo cuando éste contaba ya con la edad de 18 años, pero los avances que patentizó en estos dominios desde los primeros momentos suplieron con creces los inconvenientes que la demora y las circunstancias habían impuesto a este fructífero, para el futuro, maritaje.

A la Escuela de Artes y Oficios de Córdoba le correspondió el honor de iniciar la formación plástica del joven Bueno. Pronto, apenas transcurridos unos meses, los programas que allí se desarrollaban habían sido asimilados por el artista, que



La clase de Colorido, de la Escuela Especial de Pintura (Madrid, h. 1931).

maduraba la idea de marchar a Madrid con el propósito de continuar sus estudios en la institución que posibilitaba la mejor formación artística por aquellas fechas: *La Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado*, que tenía su sede en las plantas superiores del edificio de la entonces denominada *Academia de Bellas Artes de San Fernando*.

No estuvo tampoco exento de dificultades el acceso de Bueno a aquellos estudios. El retraso a que se sometió la resolución de su propuesta, por parte del departamento que atendía el asunto en la Diputación Provincial de Córdoba, en relación con la ampliación de la beca que le había asignado esta institución para el curso anterior, ocasionó el perjuicio de no poder cumplimentar la inscripción en la *Escuela Especial de Pintura* en las fechas estipuladas para ese cometido. Tuvo que diligenciar su matrícula oficial en la Escuela de Artes y Oficios de la madrileña calle *Marqués de Cubas*, para justificar de alguna manera el libramiento de la exigua pensión de la Diputación de Córdoba, que al menos hacía viable su estancia continuada en Madrid. Pero a Pedro Bueno eran los estudios de la Escuela Especial los que le interesaban. Poco a poco, a medida que iba tomando medida del entorno y de los condicionantes en que se movía, comenzó a frecuentar como alumno libre —con la excusa de ir preparando el examen de ingreso—, las clases que se impartían en el piso superior de la Academia. ¡Aquello era otra cosa!, había modelos, el nivel era mucho mayor, sin comparación posible, el profesorado estaba altamente cualificado y entre los estudiantes había gente realmente inquieta e interesante.

Pedro superó sin dificultad los distintos exámenes a que fue sometido en la convocatoria de junio de 1930, pues entre los profesores ya se conocían sus actitudes y había quedado de manifiesto el aprovechamiento de este joven inquieto, que no se había amedrentado al tener que compaginar los diferentes programas que se exigían en sendas instituciones académicas.

En el ciclo 1930-31 nuestro estudiante consigue matricularse como alumno oficial para cursar las asignaturas correspondientes al segundo año de *Pintura*. Estas fechas marcarán el momento en que Pedro Bueno contacta oficialmente con la Academia de Bellas Artes de San Fernando, al concedérsele, por parte de esta institución, el *Premio Molina Higuera*s de ese año, por los méritos manifiestos durante el curso en la asignatura “Dibujo del Natural en Reposo”, que impartía D. Eduardo Chicharro. La recompensa consistía en 250 pesetas en metálico, que debieron de contribuir a aliviar, en gran medida, los gastos de su aprendizaje. El profesor no había dudado a la hora de designar al candidato:

“(…) Como me ha dicho [Julio] Moisés que urge designar al alumno para el premio de la *Fundación Molina-Higuera*s y *Pascual*, de 250 pts., desde luego propongo a don Pedro Bueno Villarejo, alumno de *Dibujo del Natural en Reposo*, que a mi juicio reúne las condiciones que se indican (...)”.

La recompensa le fue entregada a Pedro Bueno el 22 de febrero de 1931, y se ocupó de llevar a cabo este trámite el entonces director de la Escuela, José Garnelo y Alda.

La Academia se encargaba de la gestión de los fondos de esta fundación,



*Pedro Bueno, junto a sus compañeros Conejo, Medina y Zabaleta
en la terraza de la R.A.B.A.S.F. (1935).*

instituida el 21 de diciembre de 1913. Anualmente se otorgaban cuatro premios de 250 pesetas cada uno, a igual número de alumnos de la Escuela que hubiesen destacado en los primeros años de sus estudios. Igualmente, otra de las competencias de esta fundación estribaba en asignar un galardón único, consistente en 1.500 pesetas, que recompensaba al alumno que de forma más brillante hubiese culminado su carrera en ese centro académico. También Pedro Bueno se hizo merecedor de esta recompensa, como veremos más adelante

En el curso 1931-32 nuestro inquieto homenajeador cursa los programas correspondientes a tercero, consiguiendo excelentes calificaciones en cada una de las asignaturas. El plantel de profesores que impartían sus enseñanzas por aquellas fechas no era nada despreciable. Vázquez Díaz, Eduardo Chicharro, Aurelio Arteta, Manuel Benedito, Cecilio Pla, José Garnelo, Julio Moisés, Rafael Láinez Alcalá, Cristóbal Ruiz, Manuel Menéndez, Francisco Esteve Botey y algunos otros más, estaban abonando, sin apenas sospecharlo, la simiente que habría de propiciar el cambio que la plástica de nuestro país experimentó en los años subsiguientes.

El curso 1932-33 suponía el último para el ciclo formativo del artista, concluyendo con éste los cuatro años que comprendía el Plan de Estudios vigente desde 1922, para la Sección de Pintura. Pedro Bueno culminó brillantemente el año académico y además obtuvo el *Premio Madrigal*, consistente en una recompensa en metálico de 500 pesetas, que se concedía anualmente a un alumno de la Sección de Pintura y a otro de la Sección de Escultura, que hubiesen destacado especialmente a lo largo de los diferentes cursos, como premio a la finalización de su etapa docente.

El Patronato de la *Fundación Madrigal*, que era la institución que libraba anualmente la cuantía relativa a estas distinciones, estaba presidido por el Director de la Academia de Bellas Artes de San Fernando. El procedimiento para designar a los candidatos al premio era el siguiente: Seleccionados los alumnos que podían optar al merecimiento, considerando las calificaciones obtenidas en los distintos cursos, se planteaba un concurso-oposición que había de concluir, finalmente, con la elección de un único ganador para la *Sección de Pintura* y otro para la de *Escultura*.

En el Acta de la Sesión Ordinaria llevada a cabo en la Academia, de fecha 2-octubre-1933, se contempla la aceptación de la resolución del concurso-oposición:

“Se aprueba la propuesta presentada por la Escuela Superior de Pintura, Escultura y Grabado, para la concesión del premio de la *Fundación Madrigal* al alumno D. Pedro Bueno Villarejo”.

Nuestro artista había culminado sus estudios regulares; sin embargo, Pedro no quería alejarse de aquel ambiente que tanto le satisfacía, de manera que decidió matricularse de nuevo en el ciclo 1933/34, en esta ocasión para cursar las asignaturas preceptivas para la obtención del *Título de Profesor de Dibujo*. En este último año, como reconocimiento a su constancia y dedicación, le fue otorgado, después de concursar en reñida oposición como alumno de la clase de *Colorido* y



Camilo José Cela (h. 1947).



Joven inglés (1948).
Museo de la R.A.B.A.S.F. (Madrid).



Mercedes Gal (1953),
Centro de Arte Reina Sofía.
Medalla de Primera Clase en la Exposición
Nacional de Bellas Artes de 1954.



Dr. León Cardinal, Rector Magnífico de la
Univ. Complutense (h. 1956). Rectorado de
la Univ. Complutense (Madrid).

Composición, el más prestigioso galardón que adjudicaba la Academia de Bellas Artes de San Fernando: la otra modalidad del “Premio Molina-Higueras”, a la que antes nos hemos referido, consistente en 1.500 pesetas en metálico, además del disfrute individual de un estudio en el ático del edificio de la Academia.

En el verano de 1934 Pedro Bueno fue honrado con una nueva distinción; en este caso volvió a ganar otro disputado concurso-oposición, cuyo premio consistía en una pensión del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, que le posibilitaba tomar parte, durante el estío, en el curso que se organizaba en la Residencia de Pintores Paisajistas de El Paular, junto a Rascafría (Madrid).

En los años subsiguientes, que nos llevan directamente hasta 1936, Pedro continuó matriculándose en otros cursos de la especialidad de *Grabado*. Y hubiese continuado ligado a esta institución académica de no haber estallado ante su inmediato presente aquel insensato conflicto bélico, que tan profunda herida dejó en todas aquellas vidas que quedaron involucradas en la tragedia. Todos estos años fueron muy difíciles para nuestro pintor. Las durísimas condiciones impuestas por la guerra determinaron una interrupción radical en su actividad artística; además, fue movilizadado por el ejército republicano y enviado al frente de batalla, donde cayó herido.

A partir de 1940 Bueno ha de enfrentarse con la recesión económica de la posguerra con las manos enteramente desnudas, pues ahora no disponía tan siquiera del breve pero consolador sostén económico que las becas le proporcionaban. Comienza a pintar retratos, y a colaborar con sus ilustraciones en la prensa y en distintas editoriales; trabajos éstos que alivian su subsistencia.

En 1942 intentó vincularse de nuevo a las incipientes actividades que la Academia de Bellas Artes comenzaba a desarrollar. La *Fundación Conde de Cartagena*, patrocinada y tutelada por esta Academia, había convocado doce becas para artistas españoles de edades comprendidas entre 21 y 39 años. El propósito era que los seleccionados pudieran perfeccionar sus estudios en diferentes lugares del territorio español. La cantidad que se asignaba a cada becado era de 8.000 pesetas, y el período previsto para llevar acabo la actividad era de un año. Una vez resuelto el concurso, Pedro, en esta ocasión, no fue finalmente seleccionado, aunque sus obras causaron una grata impresión entre los miembros del jurado competente en este asunto, de lo cual queda constancia al considerar los dictámenes que a este respecto manifestaron el Marqués de Lozoya, José Garnelo y Manuel Benedito, que formaron parte, con otros, de aquel tribunal calificador.

Como vemos, las conexiones del pintor Pedro Bueno con la Academia son constantes a lo largo del tiempo. Pero también lo serán, y muy fructíferas, con otra índole de academia: el invento heterodoxo y personal de Eugenio d’Ors, que tomó forma para proteger al arte no legitimado por la oficialidad dominante, que comenzaba a despuntar tímidamente. Su feliz idea, denominada “Academia Breve de Crítica de Arte”, se ocupó de dar cobijo a una serie de actividades trascendentales, cuya intencionalidad no era ciertamente revolucionaria —no podría haberlo sido en aquellos años—, sino esclarecedora: desenmascarar el ficticio montaje artístico del momento, manipulado desde la ortodoxia oficialista de los vencedores, y distinguir quiénes eran los autores realmente vivos, con los que se podía contar para iniciar la necesaria tarea de recuperación de un talante sugerente e



Autorretrato (h. 1972).



Pedro Bueno y Matías Prats, reunidos con motivo de uno de los numerosos galardones otorgados al pintor.

innovador en el campo de las artes. La Academia se encargó de configurar, a lo largo de la década de los años cuarenta, un ambiente propicio y receptivo para las nuevas maneras que habrían de irrumpir a comienzos de la década de los años cincuenta.

Pedro Bueno tomó parte en aquel mítico “Primer Salón de los Once”, que organizara la *Academia Breve de Crítica de Arte* en 1943. Fue seleccionado por el crítico Enrique Azcoaga, quien lo presentó en el catálogo editado con motivo de aquella exposición en los siguientes términos:

“(…) Una de las causas por las que apadrinamos a Pedro Bueno es porque este plástico (...) pretende –muy lejos del academicismo y del pobre realismo– resucitar la pintura a su inmensa ambición (...). Hubo padrinos de lo *moderno* y de lo *viejo*. Nosotros intentamos serlo de un pintor. Que sin tener en cuenta sutilezas y estupideces (...) venera en su conciencia a Velázquez, porque supo libertar como nadie la pintura, a fuerza de encadenarse a la verdad (...)”.

Nuestro pintor iba a ser uno de los autores que más veces participara en las celebraciones de la *Academia Breve*, concretamente en cuatro de aquellas selectas exhibiciones, desarrolladas en sus consecutivos y anuales “Salones” y en sus “Exposiciones Antológicas”, entre 1943 y 1955.

Y alternando con la heterodoxia que auspiciaba esta singular *Academia Breve*, nuestro pintor no perdía contacto con la, ahora ya, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. En 1947 fueron convocadas nuevas becas de ampliación de estudios por parte de la “Fundación Conde de Cartagena”, en este caso para llevar a término estancias en el extranjero, y Pedro Bueno no dejó pasar esta excepcional oportunidad. Se ofertaban cuatro becas para la especialidad de Pintura. Los aspirantes que desearan tomar parte en el concurso debían cumplir el requisito de haber obtenido, al menos, una *Tercera Medalla* en alguna de las ediciones de las pasadas *Exposiciones Nacionales de Bellas Artes*, y Pedro se ceñía a esta condición, ya que había sido galardonado en la convocatoria de 1943. El día 20 de octubre de 1947 se pronunció el Tribunal de la Sección de Pintura, asignando a Pedro Bueno una de las cuatro becas convocadas, precisamente la que contemplaba el desarrollo de la estancia en Inglaterra, circunstancia que llenó de alegría al artista, pues había manifestado su especial interés, desde un principio, por estudiar el género del retrato en ese país.

El día 21 de octubre de 1947 la Academia le comunicó oficialmente a Pedro Bueno el resultado de la convocatoria. Tres días después, entusiasmado, el pintor remitió una carta a la secretaría de esa institución, para confirmar la aceptación, por su parte, del merecimiento:

“Muy Sr. mío: por la presente, acepto honradísimo la concesión de la beca del Conde de Cartagena, que han tenido a bien concederme para Londres, agradeciendo a usted y a todos los ilustres compañeros del Jurado, una deferencia por la que me sentiré eternamente deudor a la Academia de Bellas Artes”.



Luis Blanco Soler hace entrega a Pedro Bueno del Premio Barón de Forna, R.A.B.A.S.F. (Madrid, 1987).

El 21 de noviembre partió hacia Londres desde Madrid. El plazo estipulado para llevar a cabo la estancia en ese país era de, al menos, ocho meses, aunque podía dilatar su permanencia si la asignación librada al efecto se lo permitía, hasta un año. La correspondencia que estaba obligado a enviar mensualmente a la Academia, para confirmar la evolución de sus prácticas, aporta, en estas fechas, documentos excepcionales del artista, que los límites obligados de esta ponencia no nos permiten considerar.

A su vuelta, el pintor decide visitar Holanda, Bélgica y Francia, donde completó el programa de su viaje de estudios.

Para ultimar los trámites precisos, relativos a la asignación definitiva de los libramientos, hubo de presentar una memoria de su estancia y entregar un trabajo que documentara los logros alcanzados como consecuencia del desarrollo de esta experiencia formativa.

El acta de sesión ordinaria de la Academia, de fecha 10 de octubre de 1949, contempla la entrega de la documentación y de la obra que exigía el reglamento, el *Retrato de un caballero inglés*:

“Pasa a la Sección de Pintura la memoria reglamentaria del becario de la fundación “Conde de Cartagena”, D. Pedro Bueno, así como también se exhibe en el salón de juntas el cuadro remitido para la Academia por dicho señor”.

Unos años después, en 1952, se hará entrega al artista de la *Medalla de Becario de la Fundación Conde de Cartagena*, en el marco de un solemne acto que se organizó para este cometido en la sede de la R.A.B.A.S.F.

La siguiente conexión académica del artista Pedro Bueno nos conduce directamente a este ámbito institucional que en este momento nos acoge; estamos en el año 1974 y por fin el pintor, después de permanecer 22 años sin llevar a cabo ninguna exposición individual de sus trabajos, decide reconciliarse con las salas de exhibición. Para la ocasión elige el marco urbano de Córdoba, ciudad por la que siente una filial vinculación. La muestra supuso un éxito de público sin precedentes en nuestra ciudad, que contemplaba ilusionada el regreso generoso de uno de sus más ilustres valedores.

Todos los merecimientos que acompañaron a esta celebración se vieron engrandecidos con el acto que organizara un *grupo de artistas cordobeses*, en los jardines del Círculo de la Amistad, el 15 de junio de 1974, en ofrecimiento colectivo y abierto al artista. En aquella ocasión, el entonces presidente de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, Rafael Castejón, le impuso la Medalla de la Corporación, notificando a los concurrentes que el pintor había sido elegido por unanimidad “Académico Correspondiente” de la institución.

De nuevo, en 1987, el artista es condecorado por la más prestigiosa institución de la plástica en España: La R.A.B.A.S.F. le otorga el premio “Barón de Forna”, galardón instituido en 1968, a instancias de José González de la Peña, miembro correspondiente de esa corporación, para que fuese asignado con periodicidad anual y sirviese de ayuda a un académico, a un pintor o a un escultor. La propues-



Miembros del Círculo de Bellas Artes, de Madrid, reunidos en el Hotel Ritz, bajo la presidencia de Joaquín Calvo Sotelo.

ta que realizó la comisión encargada de gestionar la adjudicación del premio, en el sentido de considerar la conveniencia de honrar con la distinción al artista cordobés Pedro Bueno, fue aprobada por aclamación de los concurrentes. El 1 de enero de 1987 se redactó el documento que confirmaba oficialmente la concesión del premio y el 6 de abril se procedió a su entrega, por medio de un solemne acto que se llevó a cabo en la "Sala de Columnas" de la Academia. El pintor Francisco Lozano fue el encargado de glosar los méritos del laureado artista de Villa del Río, destacando convenientemente la calidad intrínseca de toda su obra. Seguidamente, el director de la institución, Luis Blanco Soler, hizo entrega al pintor del premio y del diploma correspondiente, al tiempo que el homenajeado agradecía emocionado el afecto y el reconocimiento que manifestaban los concurrentes, al resaltar el esfuerzo desplegado por el artista a lo largo de toda una vida de dedicación a la pintura.

La gratitud del pintor Pedro Bueno hacia la Academia no pudo, finalmente, tomar definitiva forma, debido a la falta de comprensión manifiesta por parte de los integrantes de la comisión competente a ese respecto, con la que contactó el artista en 1990 con objeto de crear un premio de pintura, que contemplase la convocatoria de un galardón considerado desde una óptica estética de carácter figurativo.

El 14 de febrero de este mismo año que aún nos contempla, Pedro Bueno decidió transmutarse definitivamente en pintura, volatilizar por entero su humana contingencia, para subyacer como pigmento y como luz reflejada en cada centímetro de la ingente obra, que ahora, a su vez, nos contempla poderosamente enigmática.

Como tantas ocasiones, los grandes homenajes llegan lamentablemente a des-tiempo, aunque nunca son definitivamente tardíos.

Yo, en su nombre, me tomo la libertad de agradecer a la Academia y a los aquí presentes la cariñosa consideración que se plantea, por medio de este acto, hacia su persona.

Muchas gracias.